

Del paradigma mercantil productivista al civilizatorio

Foro Mundial de Valencia vincula reforma agraria del siglo XXI a la construcción democrática de otros principios de civilización, alternativos a aquellos del liberalismo de mercado, que avanzaron en las últimas décadas.

JUAREZ GUIMARÃES - 14/12/2004

Si la reforma agraria quiere construir hoy su audiencia y legitimidad, a través del lenguaje democrático, en la escena mundial, tiene que lograr responder a la pregunta: ¿cuál es, realmente, su actualidad en estos inicios del siglo XXI? En las exposiciones y debates trabados en el Foro Mundial que se realiza en Valencia, España, la respuesta a esa pregunta fundamental se está tejiendo.

En el lenguaje de los revolucionarios del siglo XX, la necesidad de la reforma agraria fue, muchas veces, formulada como rescate de una deuda republicana básica con pueblos de la periferia del mundo capitalista, aún inmersos en modos de producción arcaicos o pre capitalistas. En otras oportunidades, la funcionalidad de la reforma agraria fue defendida como modo de compatibilizar estructuras agrícolas atrasadas con las necesidades del desarrollo capitalista industrial. En ciertos países, en fin, fue presentada como un camino necesario para reconstruir los pactos políticos indispensables a procesos de reconstrucción nacional.

Pero, en general, el camino hacia el desarrollo y hacia el futuro tenía a la sociedad urbana e industrial como referencia. El mundo agrario, concebido como sede de lo atrasado, de lo tradicional, debería ser subsidiario o funcional al proceso de construcción de los modernos paradigmas urbanos de civilización. A la izquierda, al centro o en el discurso liberal, una cierta concepción productivista se aliaba a la noción de progreso, para retirar del centro de la agenda todo lo que decía respecto a los mundos agrarios remanecientes. Quizás, los relojes de la historia no eran sincrónicos, esto es, había una diferencia visible entre el mundo agrario de los países del centro capitalista y aquellos de la periferia o la semiperiferia. Éstos podían, incluso, combinar en sus propias estructuras diferentes temporalidades de desarrollo. Pero el reloj de la historia marchaba, inexorablemente, rumbo a la destrucción progresiva del mundo agrario, cada vez más enredado funcionalmente en las redes tecnológicas y científicas comandadas desde los núcleos urbanos centrales de la civilización.

Así, la gran novedad del Foro Mundial de la Reforma agraria ha sido el cuestionamiento de las propias bases de esta lógica civilizatoria y de esta concepción de historia. Es como si el mundo de los campesinos, trabajadores y pobres del campo, que suman cerca de tres billones de seres humanos, para defender los derechos básicos a su dignidad, tuvieran que cuestionar el sentido mismo de un orden que amenaza retirarles la identidad y cualquier sentido de futuro.

La lógica mercantil productivista

Para desarrollar el argumento de cómo la demanda por reforma agraria se instala en la escena contemporánea cuestionando las racionalidades del orden dominante, sería necesario aclarar la lógica que preside ese orden. Esta aclaración, sin embargo, no requiere una imaginación especulativa, porque la propia historia reciente de las dos últimas décadas, dominadas por el paradigma neoliberal, dejó esta lógica totalmente evidente.

Los tres vectores de este proceso – la privatización, la concentración y la mercantilización de aquellas esferas de la vida social más resistentes a la reproducción de las mercancías – operaron, claramente, en el sentido de divorciar a la racionalidad instrumental de los mercados de las razones de la humanidad. Así, capacidades estructurales y los crecientes excedentes de oferta de alimentos conviven con centenas de millones de personas que son condenadas a vivir subnutridas o agobiadas por el hambre. Los mercados autoreferentes crean sus circuitos segmentados, sus prerrogativas, sus “derechos”, desorganizando esferas productivas de pueblos enteros, transformándolos, literalmente, para recordar Caio Prado Júnior, en masas de sujetos “monetarizados pero sin dinero”, ciudadanos destituidos de derechos en sistemas democráticos, identidades con los rostros deshechos.

La carrera productivista agraria, como bien resume Carlos Tió, profesor catedrático de Economía Agraria de la Universidad de Madrid, se apoya en cuatro elementos: la tecnología genética, las nuevas tecnologías en el campo de la información y de la comunicación; el capital humano adecuado a la utilización de estas nuevas tecnologías; la organización empresarial corporativa adecuada a las estrategias de dominación de mercados; el posicionamiento en mercados segmentados, con base a productos de marca propia y diferenciados.

La globalización expansiva de estas dinámicas provoca, a su vez, la omnipresencia de sus efectos sobre los diferentes continentes y temporalidades de los mundos agrarios. De forma dramática, se acentúa la dispersión de comunidades productivas, el desaparecimiento de culturas y de tradiciones en África, Asia y América Latina. En China, el proceso de modernización productiva, basado en la capitalización del poder político y en el “empoderamiento” del capital, provoca el desarraigo progresivo de decenas de millones de campesinos. En los países capitalistas centrales, aumenta la presión sobre las poblaciones rurales: en Europa, según Paul Nicholson, de la Vía Campesina española, a cada minuto desaparece una familia de agricultores.

La concentración y mercantilización conducen a los resultados peligrosos provocados por el uso instrumental de la ciencia, destituida de ética humanista o pública. El control de la calidad de la alimentación multiplicada, producida en serie y estandarizada se vuelve un asunto de urgencia sanitaria. La desertificación de regiones enteras provoca migraciones permanentes hacia ciudades que ya no ofrecen, como en el tiempo áureo de Ford, empleos en masa. La civilización urbano industrial, liberada ya de su opuesto, lo agrario tradicional, amenaza volverse urbanoide, endémicamente prisionera de sus artificios antiecológicos. La cuestión agraria mal encaminada se transmuta en lógicas extremadamente irracionales de utilización de los territorios por parte de la población.

Reforma agraria y principio de civilización

Por diferentes caminos, los expositores del Foro Mundial parecen enarbolar el mismo argumento: la reforma agraria ya no es una necesidad sólo de los pueblos directamente beneficiados por ella, sino que dice relación a los propios caminos futuros de la humanidad. Esta idea está presente en el discurso comunitarista de Francisca Rodríguez (Chile), que opone la transgenia de las semillas a los derechos del “alma y del corazón campesino”; en el de Pedro Avendano, del Foro Mundial de los Pescadores, que propone un frente del “mar y de la tierra” contra la mercantilización que amenaza el trabajo de una centena de millones de personas que viven artesanalmente de esa actividad; en el de Jacques Chonchol, ex-ministro de la Reforma Agraria del gobierno Allende, que trazó un panorama de los efectos dañinos de la modernización agraria reciente en América Latina.

Así, como esbozando los principios de otra civilización, alternativa a aquella centrada en el productivismo mercantil, se van definiendo las agendas de la reforma agraria del siglo XXI. En el centro, el concepto de soberanía alimenticia de los pueblos, que opone la autodeterminación en cuanto a la elección de los propios alimentos a la autocracia de los mercados comandados desde arriba por grandes corporaciones. En el plano cultural, la defensa de las identidades comunitarias, que oponen sus estilos propios y diversos de alimentación contra la homogeneización aséptica del "fast food". En lo que respecta a género, la sensibilización sobre lo femenino del mundo campesino, casi invisible ya debido los procesos de desarraigo colectivo. En la dimensión generacional, la recuperación de un futuro digno para el mundo agrario, capaz de ser generosamente acogedor para los jóvenes. En relación a la ciencia, la defensa a su potencial multiplicador, a su subordinación a las razones fundamentales y democráticas de los pueblos. Finalmente, en el plano ecológico, la construcción de nuevas lógicas mutuamente configuradoras de lo urbano y de lo rural, capaces de proyectar identidades asentadas en la humanización de la naturaleza y en la naturalización de lo humano.

Juarez Guimarães es profesor del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG).